

ESPAÑA COMO DESCUBRIMIENTO EN LA OBRA DE JAMES MICHENER *IBERIA: SPANISH TRAVELS AND REFLECTIONS*

Roberto Fuertes Manjón
MIDWESTERN STATE UNIVERSITY



A finales de la década de los sesenta, se publica en Nueva York *Iberia: Spanish Travels and Reflections*, obra que supuso un referente fundamental en el proceso de conocimiento de España y su cultura en los Estados Unidos, por su original enfoque, profundidad de análisis y riqueza de información, en la que su autor, James Michener –destacado escritor estadounidense, autor de novelas de éxito mundial como *Texas*, *Sayonara* o *Hawai*– muestra su especial relación con la cultura española, la cual duró más de cuatro décadas. Conocedor profundo de España, por la que viajó ampliamente y a la que consideraba su segunda patria, se pone en contacto con ella por primera vez a los 18 años en un viaje en barco desde Glasgow a Italia y España. Desde este momento siente una profunda atracción ante una realidad y una cultura que considera únicas. Confiesa en el prólogo del libro:

Me di cuenta entonces de que España era una tierra singular, y he hecho después muchos viajes tratando de desentrañar sus peculiaridades. No lo he conseguido, pero este fracaso no me atormenta, porque España es un misterio, y yo no estoy seguro de que los mismos que viven en la península y nacieron allí lo entiendan mejor que yo. Sin embargo, no cabe duda de que todos amamos esta tierra agreste, contradictoria y apasionadamente bella (39).

Llama la atención la pasión y el afecto con el que se entrega Michener a la labor del descubrimiento de España, en una incansable búsqueda por encontrar sus rasgos identitarios, interpretar los acontecimientos claves que han definido su historia y desentrañar el carácter de sus gentes, siempre destacando la importancia de España en la cultura, al señalar:

Estoy convencido desde hace mucho tiempo de que cualquiera que se interese por el aspecto místico o romántico de la vida acaba, tarde o temprano, por formular su punto de vista sobre España, porque de la misma manera que esta formidable península se adentra físicamente en el Atlántico y se mantiene aislada, el concepto de España penetra en la imaginación filosóficamente, creando efectos y planteando cuestiones distintas a las evocadas por otra naciones (19).

Este anhelo por encontrar los rasgos que hacen único a este país en Europa, que no son sino el reflejo de su espíritu y esencia es, precisamente, lo que trata de captar Michener en *Iberia: Spanish Travels and Reflections*, en donde se mezcla la historia con el arte y las costumbres para ofrecernos un cuadro complejo y revelador de un país excéntrico geográficamente, marginado políticamente en muchas épocas de su historia, pero indispensable para entender la cultura occidental.

Será, precisamente, la especificidad de su desarrollo histórico lo que le confiera su gran atractivo:

Algunos viajeros, y yo soy de uno de estos, encuentran también inevitable penetrar en la historia española, y cuando nos ocurre esto estamos perdidos, porque entonces España nos obsesiona, como ha obsesionado a nuestros predecesores Georges Bizet, Henry de Montherland, George Borrow y Ernest Hemingway (38-39).

Él resalta la originalidad y fuerte personalidad de España: “Lo que quiero decir es que España es un país aparte, al que hay que acercarse con respeto y con los ojos bien abiertos. Es preciso darse cuenta de que una vez franqueadas sus fronteras se corre el riesgo de quedar aprisionado” (38-39).

Iberia revela aspectos inéditos de la nación a través de la confluencia de diversas perspectivas. Curas, campesinos, poetas, alcaldes, toreros o nobles desfilan por sus páginas para ofrecernos con sus personales enfoques de la realidad una imagen humana, comprensiva y totalizadora del país, con sus indudables miserias y grandezas, lo que complementa la visión intelectualizada de la realidad por parte del autor, mediatizada, a la vez, por la gran admiración que sintió por España. Una visión peculiar, que se presenta como un auténtico desafío intelectual, y que, como en el caso de Havelock Ellis en su *The Soul of Spain (El alma de España)* (1908), enfoca la cultura hispánica como una unidad que engloba a la América española, percibiendo la imagen de España a través de su proyección en América Latina. No podemos olvidar que el primer contacto que ambos tuvieron con la cultura hispánica fue por medio de su relación con Latinoamérica.

El amplio recorrido que se lleva a cabo en el libro por la Península Ibérica, que nos lleva desde Badajoz a Barcelona, pasando por las ciudades más representativas del país, como Madrid, Toledo o Salamanca, finaliza con un capítulo dedicado al Camino de Santiago, eje vertebrador de los contactos culturales con Europa y elemento clave en la formación de la cultura española y europea, al que Michener considera “el viaje más bello que ofrece España y uno de los dos o tres mejores del mundo” (652), y en el que León y su provincia adquieren un indudable protagonismo. De hecho, León y Astorga van a ejercer una fuerte impresión en él.

En su visita a León, se volverá a encontrar con un viejo conocido, Antonio Viñayo González, un erudito sacerdote, quien “parecía salido de un lienzo de Giotto” (671), el cual le introdujo en el conocimiento de los monumentos más representativos de la ciudad.

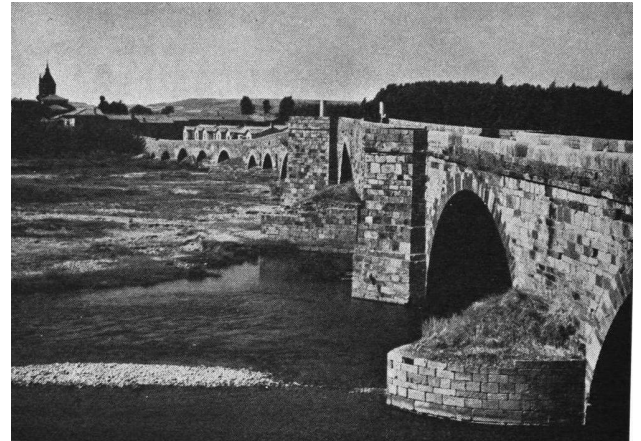
En la basílica de San Isidoro encuentra en sus bóvedas la mejor representación que él había visto del misterioso símbolo religioso del tetramorfo (671-672), aunque el gran hallazgo lo supuso la contemplación de los cuatro o cinco arcos que se conservan del claustro del siglo XII, los cuales le parecieron representar “el alma misma del espíritu románico, cuyo secreto había encontrado tan bello a lo largo de esta ruta de peregrinos” (672-673), admitiendo que “nunca he visto hasta ahora nada que me pareciese más bello que los claustros recién descubiertos de la iglesia de San Isidoro (673).

Los elogios a la catedral son también elocuentes:

...he visto casi todas las cosas bellas del mundo y sé lo emocionante que es Angkor Vat a medianoche, con hileras de bailarines camboyanos, o la Acrópolis al oscurecer, o Boro-Budur en me-

dio de una tormenta, pero, hasta ahora, por lo que se refiere al puro placer visual, no he visto nada que supere a la catedral de León a las tres de la madrugada, iluminada desde dentro, y dice esto una persona como yo, que no es partidaria ni de las vidrieras ni del estilo gótico (675).

La entrada en la diócesis de Astorga se hace a través del Hospital de Órbigo, con el inevitable episodio de Suero de Quiñones, el caballero ideal medieval, cuya figura recrea.



Puente del Paso Honroso de Suero de Quiñones, en Hospital de Órbigo.

Su llegada a Astorga supone un auténtico descubrimiento para él, destacando cuatro aspectos que le llaman la atención: la calidad de la comida, el encanto del palacio de Gaudí, la transcendencia de la batalla de Astorga en la Guerra de Independencia y el papel jugado por los generales ingleses Moore y Wellington en la misma.

La primera de sus grandes sorpresas la constituye la cocina maragata, de la que hace un gran elogio. El recuerdo del momento cuando contempló por primera vez la ciudad desde una colina le invita a una reflexión: “y si Don Luis¹ me hubiera dicho entonces que en aquella ciudad iba a verme ante la mejor comida que hice jamás en España, me habría echado a reír porque Astorga no parecía lugar de buenos restaurantes, cosa lógica por otra parte, porque no los tiene” (678-679). La descripción del restaurante, que con el paso del tiempo se convertiría en un lugar famoso en la ciudad, encaja dentro de un sombrío cuadro costumbrista. Era un lugar pequeño “que daba a una pequeña cocina muy anticuada” (679) en “donde vimos a seis o siete mujeres viejas cuidando de una colección de cacharros que hervían y rechinaban con la mayor eficiencia” (679) y en la que le ofrecen una comida realmente española: lomo de cerdo adobado

¹ Luis Morenés y Areces, marqués de Bassécourt.

con garbanzos, un menú profundamente enraizado en la tradición culinaria española. Don Luis, su compañero de viaje, le informa de su origen:

Hace tiempo, siendo yo muchacho, muchas familias mataban uno o dos cerdos, y cuando les cortaban el lomo lo hacían en grandes tajadas cuadradas que luego eran adobadas durante cinco o seis meses en una mezcla de perejil, ajo, cebolla, orégano, sal, pimienta, aceite y vinagre. Luego las ahumaban hasta que se convertían en la carne más sabrosa de la tierra. Michener, has dado con una mina de oro gastronómica (679-680).

La impresión que le causa el plato es recreada por Michener con delectación:

La carne era realmente algo único; la esencia misma de la vida rural había sido, de Dios sabe qué manera, diluida en ella, porque era sabrosa y al tiempo humosa; era firme al contacto del cuchillo pero succulenta al diente, no tenía el menor resto de grasa, pero los bosques del norte de España parecían haberse inculcado en ella, y nunca en mi vida he probado carne ahumada tan buena. Pero lo que verdaderamente me sorprendió fueron los garbanzos, y a los demás del grupo les pasó igual (680).



Vista aérea del Palacio de Gaudí.

La visita del alcalde de Astorga en la sobremesa contribuye a transformar la conversación en una peculiar lección de historia. Creyendo que Michener era inglés, le recuerda el alcalde la actuación del general Sir John Moore en Astorga, quien a comienzos del siglo XIX, después de que Napoleón sitiara la ciudad y tirara abajo parte de sus murallas, permitió a sus soldados saquearla.

Sir John Moore, personaje controvertido, se convierte en protagonista de la conversación. Si para Michener es el héroe que murió en La Coruña, para don Luis era un

general mediocre que, a pesar de venir para proteger a España, acabó destruyendo más que los propios franceses. En Astorga es recordado, en su opinión, como “el general que abandonó a sus aliados españoles, al pueblo de Astorga y a las mujeres e hijos de sus propios soldados británicos” (681).

Don Luis pone en valor la importancia de Astorga en la Guerra de Independencia recordándole a Michener que en sus Memorias, el general barón de Marbot, edecán de los mariscales Masséna y Murat y correo personal de Napoleón, reconoció que “Napoleón perdió su campaña mundial en España y su campaña española en Astorga” (681), para finalmente clarificar la situación con una larga explicación:

En los días que siguieron a la victoria de Astorga, Napoleón cometió tres errores que le fueron fatales, porque causaron su derrota final. Cogió presa a la familia real española, lo que nos dio a los españoles una bandera en torno a la que unirnos. Subestimó enormemente el patriotismo del pueblo español, que no iba a humillarse ante él como los colaboracionistas italianos y alemanes con quienes había lidiado en otros sitios. Y, lo que fue peor todavía, mató en La Coruña a Sir John Moore, que era el peor de todos los generales con que había tenido que enfrentarse, abriendo así el paso al mejor de todos, Wellington (681).

Si la comida supuso para Michener un gran hallazgo y la discusión sobre la guerra napoleónica una original fuente de conocimiento, la visita a la catedral de Astorga se convierte en una seria decepción, ya que al acercarse a ella, confiesa que “lo único que vieron mis ojos fue una estructura blanca y negra, tan ajena a todas mis experiencias arquitectónicas normales que grité: Esto tienen que haberlo construido los hermanos Grimm” (681). Quizás esta actitud, tan injustamente crítica, es consecuencia de la positiva impresión que le causó el palacio de Gaudí, ante el que se siente fascinado: “Lo que tenía delante de mí era un delicioso castillo de cuento de hadas, el epítome de todas las torres y fosos que había soñado en mis años de niño” (681).

Don Luis se recrea recordando como el palacio fue planeado por Gaudí y el obispo catalán Juan Bautista Grau, quienes “levantaron con la imaginación su edificio de ensueño, que no era un edificio religioso normal, sino el palacio episcopal más grandioso que se veía desde los tiempos de Piccolomini, en Siena” (682).

Michener coincide con don Luis en su admiración por este proyecto sorprendente, ya que “Por grandioso que el sueño pareciera, lo cierto es que fue lle-

vado a la realidad” (682). Reconoce que cuando lo vio por primera vez “tangibile y tan bello como los dos inspirados catalanes habían querido, me gustó, y cuanto más lo miraba más me gustaba. De arriba abajo era impecable, sin una sola nota falsa, ni dentro ni fuera” (682). Un palacio planeado por dos hombres que tenían sentido de la proporción y del goce visual, resaltando “su perfección, la belleza de las arcadas, cuyas nervaduras eran de ladrillo rojo con líneas de cemento blanco, la manera en que el sol de la tarde se filtra por las ventanas taraceadas, los arcos moros de un piso, tan bellos como los mejores de Córdoba, los arcos góticos del piso siguiente, lo grandioso de las pinturas y el esplendor total de las escaleras circulares” (682). La inspiración de Gaudí queda reflejada, incluso en el sótano, un lugar poco común para mostrar el talento, en el que “las columnas son tan variadas, que tienen una especie de belleza orquestal y, sin embargo, cada una de ellas tiene su función propia, lo que demuestra que Gaudí estaba bien empapado en el arte de la arquitectura clásica. Este sótano, sencillo y al mismo tiempo magnífico, es una de las obras de arte moderno más impresionantes que he visto en España” (682-683).



Plaza de Eduardo de Castro a mediados de la década de los sesenta.

Michener admite que no quiere unir su voz al coro de acusaciones y críticas que surgieron en torno a la construcción y uso del palacio. Reconoce, no obstante, que él no hubiera construido un edificio semejante en una ciudad como Astorga ni lo hubiera diseñado de esa forma si hubiera sido un arquitecto, al no ser ni práctico ni funcional. Esto no es óbice para admitir que:

... de todos los edificios construidos a lo largo del camino de Santiago de trescientos años a esta parte, éste y la nueva iglesia de Estella son

los únicos que han captado la grandeza espiritual de la ruta de los peregrinos. Yo diría que los millones cuyos pies han pisado estas piedras en épocas pasadas encontrarían bien, contrariamente si se quiere, la obra de los dos catalanes porque, en su estilo retórico y al mismo tiempo devoto, este extraño palacio representa la continuidad del espíritu que animaba a los peregrinos. Una iglesia debiera ser lo bastante grande para admitir en su seno a dos personalidades únicas como Gaudí y el obispo Grau. Por lo que a mí se refiere, puedo decir que quedé muy contento de haber visto su mayestática locura (683).

Michener, en su obra *Iberia*, continúa una rica y larga tradición de viajeros anglosajones a España, que han poseído una especial intuición y talento para captar aspectos claves de la cultura y realidad española. El propio James Michener nos recuerda que los mejores escritos sobre España y los españoles han sido hechos por los ingleses, entre otras razones por su capacidad para saber encontrar los contrastes y contradicciones de este pueblo singular. Señala específicamente a Richard Ford, *A Handbook of Travellers in Spain* (1845); George Borrow, *The Bible in Spain* (1845); V. S. Pritchett, *The Spanish temper* (1954); Somersert Mougham, *Don Fernando* (1935); Havlock Ellis, *The Soul of Spain* (1908); Gerald Brennan, *Spanish Labyrinth* (1943); y sobre la guerra, la obra de Hugh Thomas, *The Spanish Civil War* (1961), o H.V. Morton, *A Stranger in Spain* (1955).



Plaza Mayor y Ayuntamiento de Astorga en la época de la visita de Michener.

James Michener ha sustentado su estudio tanto en sus experiencias personales y excepcionales conocimientos de arte e historia como en una sólida fundamentación bibliográfica, a los que se le une una cuidada selección de fotografías de Robert Vavra, que contribuyen a convertir esta obra en un documento

extraordinario en un momento clave de la historia moderna española, proporcionándonos una mirada liberada de prejuicios y plena de curiosidad y afecto que trata de resaltar la excepcionalidad de una cultura única como la española, tan ignorada o mal interpretada en su país natal.

BIBLIOGRAFÍA

BRENAN, Gerald, *El Laberinto Español: Antecedentes Sociales y Políticos de la Guerra Civil*, Barcelona, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, 1977.

BORROW, George, *The Bible in Spain: Or, the Journeys, Adventures, and Imprisonments of an Englishman, in an Attempt to Circulate the Scriptures in the Peninsula*, Philadelphia: J. M. Campbell, 1845.

ELLIS, Havelock, *The Soul of Spain*, Boston, Houghton, Mifflin, 1908.

FORD, Richard; ROWSWELL, George; and MUIR, G., *A Hand-Book for Travellers in Spain, and Readers at Home: Describing the Country and Cities, the Natives and their Manners, the Antiquities, Religion, Legends, Fine Arts, Literature, Sports, and Gastronomy: with Notices on Spanish History*, London [England, John Murray, Albemarle Street, 1845.

MAUGHAM, W. S., *Don Fernando: Or Variations on Some Spanish Themes*, Garden City, N. Y., Doubleday, Doran, 1935.

MICHENER, James A., *Iberia: Spanish Travels and Reflections*, New York, Random House, 1968.

MORTON, H. V., *A Stranger in Spain*, New York, Dodd, Mead, 1955.

PRITCHETT, V. S., *The Spanish Temper*, London, Hogarth, 1954.

THOMAS, Hugh., *The Spanish Civil War*. New York, Harper & Brothers, 1961.



Vista aérea de la ciudad de Astorga a mediados del siglo XX.